

le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdona la ocasion que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrupulo de haberle dado motivo para escribirlos. Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron á su remedio, y en tres dias que vivió despues deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; pero con todo comia la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra ó templa en el heredero la memoria de la pena que es razon que deje el muerto. En fin, llegó el último de D. Quijote, despues de recebidos todos los sacramentos, y despues de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca habia leído en ningun libro de caballerías que algun caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como D. Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron dió su espíritu: quiero decir, que se murió. Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comunmente D. Quijote de la Mancha, habia pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedia para quitar la ocasion de que algun otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por alijársele y tenersele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero. Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de D. Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sanson Carrasco le puso este:

Yace aquí el hidalgo fuerte,  
Que á tanto extremo llegó  
De valiente, que se advierte  
Que la muerte no triunfó  
De su vida con su muerte.

FIN DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Tuvo á todo el mundo en poco;  
Fué el espantajo y el coco  
Del mundo en tal coyuntura,  
Que acreditó su ventura,  
Morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma: Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mia, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que á tí lleguen les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos,  
De ninguno sea tocada,  
Porque esta empresa, buen rey  
Para mí estaba guardada.

Para mí sola nació D. Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordellesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de D. Quijote, y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en estos como en los extraños reinos: y con esto cumplirás con tu cristiana profesion aconsejando bien á quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero *Don Quijote* van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. Vale.

TRABAJOS

PERSILES Y SIGISMUNDA.

DEDICATORIA

A D. Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, de Andrade, de Villalva, marques de Sarria, gentil-hombre de la cámara de su Majestad, presidente del consejo supremo de Italia, comendador de la encomienda de la Zarza, de la orden de Alcántara.

AQUELLAS coplas antiguas que fuéron en su tiempo celebradas, que comienzan: *Puesto ya el pié en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pié en el estribo,  
Con las ausias de la muerte,  
Gran señor, esta te escribo.

Ayer me dieron la Extremauncion, y hoy escribo esta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto, hasta besar los piés á vuestra Excelencia, que podria ser fuese tanto el contento de ver á vuestra Excelencia bueno en España, que me volviese á dar la vida; pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo ménos sepa vuestra Excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte, mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de vuestra Excelencia, regocijome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de vuestra Excelencia. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del jardin*, y del famoso *Bernardo*: si á dicha, por buena ventura mia, que ya no seria ventura sino milagro, me diese el cielo vida, las verá y con ellas fin de la *Galatea*, de quien sé está aficionado vuestra Excelencia, y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios á vuestra Excelencia, como puede. De Madrid á diez y nueve de abril de mil y seiscientos y diez y seis años.

Criado de vuesa Excelencia,  
MIGUEL DE CERVANTES.

PROLOGO.

SUCEDIÓ pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes y otra por sus ilustrisimos vinos, sentí que á mis espaldas venia picando con gran priesa uno que al parecer traia deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces, que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venia vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales: verdad es no traia mas de dos, porque se le venia á un lado la valona por momentos, y él traia sumo trabajo y cuenta de enderezarla: llegando á nosotros dijo: ¿Vuesas mercedes van á alcanzar algun oficio ó prebenda á la corte, pues allá está su Ilustrisima de Toledo y su Majestad ni mas ni ménos, segun

la priesa con que caminan, que en verdad que á mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas de una vez? A lo que respondió uno de mis compañeros: El rocin del señor MIGUEL DE CERVANTES tiene la culpa desto, porque es algo que pasilargo. Apénas hubo oido el estudiante el nombre de CERVANTES, cuando apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cojin y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió á mí, y acudiendo á asirme de la mano izquierda, dijo: Si, si, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las musas. Yo que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesia no corresponder á ellas: y así abrazándole por el cuello, donde le eché á perder de todo punto la valona, le dije: Ese es un error donde han caido muchos aficionados ignorantes; yo, señor, soy CERVANTES, pero no el regocijo de las musas, ni ninguna de las demas baratijas que ha dicho vuesa merced: vuelva á cobrar su burra y suba, y caminemos en buena conversacion lo poco que nos falta del camino: hizolo así el comedido estudiante, tuvimos algun tanto mas las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino; en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento diciendo: Esta enfermedad es de hidropesia, que no la sanará toda el agua del mar Océano, que dulcemente se bebiese: vuesa merced, señor CERVANTES, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos, respondí yo, pero así puedo dejar de beber á todo mi beneplácito, como si para solo eso hubiera nacido; mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides de mis pulsos, que á mas tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado: en esto llegamos á la puente de Toledo y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escuchallo. Tornéle á abrazar, volviésemme á ofrecer: picó á su burra, y dejéme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien habia dado gran ocasion á mi pluma para escribir donaires, pero no son todos los tiempos unos; tiempo vendrá, quizá, donde anudando este roto hilo, diga lo que aqui me falta y lo que sé convenia. Adios, gracias; adios, donaires; adios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida.

D. FRANCISCO DE URDINA A MIGUEL DE CERVANTES, INSIGNE Y CRISTIANO INGENIO DE NUESTROS TIEMPOS, A QUIEN LLEVARON LOS TERCEROS DE SAN FRANCISCO CON LA CARA DESCUBIERTA, COMO A TERCERO QUE ERA.

EPITAFIO.

Caminante, el peregrino  
CERVANTES aqui se encierra:  
Su cuerpo cubre la tierra,  
No su nombre, que es divino.  
En fin, hizo su camino:  
Pero su fama no es muerta,  
Ni sus obras, prenda cierta,  
De que pudo á la partida  
Desde esta á la eterna vida  
Ir, la cara descubierta.

AL SEPULCRO DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, INGENIO CRISTIANO, POR LUIS FERNANDEZ CALDERON.

SONETO.

En este, ó caminante, mármol breve,  
Urna funesta, si no excelsa pira,  
Cenizas de un ingenio santas mira,  
Que olvido y tiempo á despreciar se atreve.  
No tantas en su orilla arenas mueve  
Glorioso el Tajo, cuantas hoy admira  
Lenguas á suya, por quien grata aspira  
Al lauro España, que á su nombre debe.  
Lucientes de sus libros gracias fueron  
Con dulce suspension su estilo grave,  
Religiosa invencion, moral decoro.  
A cuyo ingenio los de España dieron  
La sólida opinion que el mundo sabe,  
Y al cuerpo ofrenda de perpetuo lloro.

PROLOGO.

Señor, pues, lector amantísimo, que viendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de...  
...por sus causas tanosas, una por sus linajes y otra por sus linajes...  
...a mis espaldas venia puestas con gran priesa uno que al parecer tenia deseo de ir...  
...y aun lo mostré dándole voces, que me parecían tanto. Espantábase, y llegó sobre...  
...porque todo venia vestido de pardo, y iba con un capote...  
...y espaldas con contor, y una bota de pardo, y con trenzas iguales: y yo le dije...  
...de la valona por momentos, y el traje suyo traído y ceñido...  
...y vuesa merced me desahució al momento diciendo: Esta enfermedad es de hidropesia...  
...que no la sanará toda el agua del mar Océano, que dulcemente se bebiese...  
...que con esto sanará sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos, respondí yo...  
...como si para solo eso hubiera nacido; mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides...  
...de mis pulsos, que á mas tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida...  
...En fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme...  
...agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado: en esto llegamos á la puente de Toledo...  
...y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso...  
...tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escuchallo...  
...Tornéle á abrazar, volviésemme á ofrecer: picó á su burra, y dejéme tan mal dispuesto...  
...como él iba caballero en su burra, quien habia dado gran ocasion á mi pluma para escribir donaires...  
...pero no son todos los tiempos unos; tiempo vendrá, quizá, donde anudando este roto hilo...  
...diga lo que aqui me falta y lo que sé convenia. Adios, gracias; adios, donaires; adios, regocijados amigos...  
...que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida.

TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

Sacan á Perianro de prision; échale al mar en una balsa; corre tormenta, y es socorrido de un navio.

VOCES daba el bárbaro Corsicurbo á la estrecha boca de una profunda mazmorra, ántes sepultura que prision de muchos cuerpos vivos que en ella estaban sepultados; y aunque su terrible y espantoso estruendo cerca y léjos se escuchaba, de nadie eran entendidas articuladamente las razones que pronunciaba, sino de la miserable Cloelia, á quien sus desventuras en aquella profundidad tenian encerrada. Haz, ó Cloelia (decia el bárbaro) que así como está, ligadas las manos atras, salga acá arriba atado á esa cuerda que descuelgo, aquel mancebo que habré dos dias que te entregamos; y mira bien si entré las mujeres de la pasada presa hay alguna que merezca nuestra compañía, y gozar de la luz del claro cielo que nos cubre, y del aire saludable que nos rodea. Descolgó en esto una gruesa cuerda de cáñamo, y de allí á poco espacio él y otros cuatro bárbaros tiraron hácia arriba, en la cual cuerda ligado por debajo de los brazos, sacaron asido fuertemente á un mancebo, al parecer de hasta diez y nueve ó veinte años, vestido de lienzo basto como marinero, pero hermoso sobre todo encarcamiento.

Lo primero que hicieron los bárbaros fué requerir las esposas y cordeles con que á las espaldas traia ligadas las manos: luego le sacudieron los cabellos, que como infinitos anillos de puro oro la cabeza le cubrian; limpiáronle el rostro, que cubierto de polvo tenia, y descubrió una tan maravillosa hermosura, que suspendió y enterneció los pechos de aquellos que para ser sus verdugos le llevaban. No mostraba el gallardo mozo en su semblante género de afliccion alguna; ántes con ojos al parecer alegres, alzó el rostro, y miró al cielo por todas partes, y con voz clara y no turbada lengua dijo: Gracias os hago, ó inmensos y piadosos cielos, de que me habeis traído á morir adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos oscuros calabozos, de donde ahora salgo, de sombras caliginosas la cubran; bien querria yo no morir desesperado á lo ménos, porque soy cristiano; pero mis desdichas son tales, que me llaman, y casi fuerzan á deseárlas. Ninguna destas razones fué entendida de los bárbaros, por ser dichas en diferente lenguaje que el suyo; y así cerrando primero la boca de la mazmorra con una gran piedra, y cogiendo al mancebo sin desatarle, entre los cuatro llegaron con él á la marina, donde tenian una balsa de maderos, y atados unos con otros con fuertes bejuços y flexibles mimbres. Este artificio les servia, como luego pareció, de bajel en que pasaban á otra isla, que no dos millas ó tres de allí se parecia: saltaron luego en los maderos, y pusieron en medio dellos sentado al prisionero, y luego uno de los bárbaros asió de un grandísimo arco, que en la balsa estaba, y poniendo en él una desmesurada flecha, cuya punta era de pedernal, con mucha presteza le flechó, y

encarando al mancebo, le señaló por su blanco, dando señales y muestras de que ya le quería pasar el pecho. Los bárbaros que quedaban asieron de tres palos gruesos cortados á manera de remos, y el uno se puso á ser timonero, y los dos á encaminar la balsa á la otra isla. El hermoso mozo, que por instantes esperaba y temia el golpe de la flecha amenazadora, encogia los hombros, apretaba los labios, enarcaba las cejas, y con silencio profundo dentro en su corazon pedia al cielo, no que le librara de aquel tan cercano como cruel peligro, sino que le diese ánimo para sufrirlo; viendo lo cual el bárbaro flechero, y sabiendo que no habia de ser aquel el género de muerte con que le habian de quitar la vida, hallando la belleza del mozo piedad en la dureza de su corazon, no quiso darle dilatada muerte, teniéndole siempre encarada la flecha al pecho, y así arrojó de sí el arco, y llegando á él, por señas, como mejor pudo, le dió á entender que no queria matarle.

En esto estaban, cuando los maderos llegaron á la mitad del estrecho, que las dos islas formaban, en el cual de improviso se levantó una borrasca, que sin poder remediarlo los inexpertos marineros, los leños de la balsa se desligaron y dividieron en partes, quedando en la una, que sería de hasta seis maderos compuesta, el mancebo, que de otra muerte que de ser anegado, tan poco habia que estaba temeroso. Levantaron remolinos las aguas, pelearon entre sí los contrapuestos vientos, anegáronse los bárbaros, salieron los leños del atado prisionero al mar abierto, pasábanle las olas por cima, no solamente impidiéndole ver el cielo, pero negándole el poder pedirle tuviese compasion de su desventura; y si tuvo, pues las continuas y furiosas ondas que á cada punto le cubrian no le arrancaron de los leños, y si le llevaron consigo á su abismo: que como llevaba atadas las manos á las espaldas, ni podia asirse, ni usar de otro remedio alguno. De esta manera que se ha dicho salió á lo raso del mar, que se mostró algun tanto sosegado y tranquilo al volver una punta de la isla, adonde los leños milagrosamente se encaminaron, y del furioso mar se defendieron. Sentóse el fatigado jóven, y tendiendo la vista á todas partes, casi junto á él descubrió un navio que en aquel reposo del alterado mar, como en seguro puerto, se reparaba: descubrieron asimismo los del navio los maderos, y el bultó que sobre ellos venia, y por certificarse qué podia ser aquello, echaron el esquife al agua, y llegaron á verlo; y hallando allí al tan desfigurado como hermoso mancebo, con diligencia y lástima le pasaron á su navio, dando con el nuevo hallazgo admiracion á cuantos en él estaban. Subió el mozo en brazos ajenos, y no pudiendo tenerse en sus piés de puro flaco (porque habia tres dias que no habia comido) y de puro molido y maltratado de las olas, dió consigo un gran golpe sobre la cubierta del navio, el capitan del cual con ánimo generoso y compasion natural, mandó que le socorriesen.